

Capítulo V

LA SITUACIÓN DE LA POBLACIÓN ESCLAVA Y SU INFLUENCIA EN LA ECONOMÍA FAMILIAR DOMÉSTICA Y EN LOS SENTIMIENTOS MORALES DE LA RAZA EUROPEA

TAL ES LA INFLUENCIA QUE LOS ESCLAVOS DOMÉSTICOS ejercen sobre los sentimientos y la comodidad de las familias particulares, que sería imposible dar una imagen exacta de la situación de la sociedad en Lima sin considerar someramente la condición de la población esclava en el Perú.

El artículo 152.º de la Constitución Política de la República del Perú [de 1828] establece que nadie nace esclavo en la República y que todo esclavo que entre de otros países es libre apenas toque el suelo peruano. Si un peruano es hallado culpable de importar esclavos a la República con el fin de practicar la trata, la constitución dicta que este debe perder sus derechos de ciudadanía. Pero la trata interna de esclavos continúa, aunque se limita a la compraventa de los esclavos que ya habitaban en el país antes de que comenzara la guerra de la independencia o los nacidos como tales antes de 1820, cuando el Perú dejó de ser el patrimonio reconocido de los españoles. Con respecto a la mera apariencia de los negros nacidos en el Perú de padres africanos, se observa que son influidos por los efectos decolorantes, que como es sabido, el clima de la costa peruana produce en los rubicundos hijos de nuestro clima septentrional que residen por cierto tiempo en Lima. El negro nativo, por tanto, es de color más claro, y posee rasgos más

finos, expresivos y regulares que los lacerados y negrísimos *bozales* o negros nacidos en el África, sobre cuyo pecho y semblante se ven habitualmente profundas y horribles cicatrices que evidencian, a la vez, su bárbaro origen y su carácter importado.

Según reconocen los propios lugareños, la ordenada disciplina del *galpón* o barracón de esclavos parece haber acreditado la humanidad de los amos en los días del dominio español, una época en que se dice los esclavos compartían la felicidad de sus amos. Tratados de modo tolerante y con el disfrute abundante de gratificaciones animales, se sentían felices y olvidaban que no eran libres.

Los legisladores patriotas han establecido que es ilegal que un amo administre *azotes* a un esclavo como castigo. El modo ordinario de castigo en la capital es enviar al culpable para su corrección a una panadería donde su trabajo aumenta o disminuye según su comportamiento en dichos espacios. En las familias más antiguas, que han preservado una fortuna suficiente que les permita mantener cierta servidumbre, encontramos un número de servidores esclavos cuyos progenitores sirvieron a la misma familia notable durante largos años, y así han desarrollado un apego mutuo, que los hace verse el uno al otro con ese tipo de interés que observamos entre los amos y los sirvientes antiguos de la casa. No es raro que un amo en su lecho de muerte premie la fidelidad de un esclavo leal concediéndole la libertad, y hemos presenciado algunos casos de gratitud muy conmovedores de mujeres blancas educadas con sus esclavas, o, podríamos decir, amigas devotas, en cuyos servicios y pronta atención han puesto su confianza con frecuencia en la hora de enfermedad o adversidad. Estos recuerdos están asociados, en nuestra mente, con aquellos rasgos amables de la naturaleza humana que unen a la gran familia de la humanidad, pero debe subrayarse que de tales ejemplos que acreditan al carácter de los individuos particularmente, nada puede sostenerse en favor de la esclavitud la cual es injusta y no cristiana.

Desde que los triunfos del patriotismo exaltaron, primero, las esperanzas del pueblo, y desde que los mismos esclavos, intoxicados de aguardiente o de momentáneo entusiasmo, se unieron con alta voz a los cantos de alabanza a la libertad, numerosas familias se han hundido en una creciente pobreza. Por ello, individuos que pueden preciarse

de la limpieza de su origen, o que, según el dicho local, consideran un privilegio poco común decir que son vizcaínos *por los cuatro costados*, ahora se encuentran reducidos a prestar en alquiler a sus viejos esclavos domésticos para sustentarse. Dichos esclavos están obligados a pagar diariamente una cierta moderada porción de sus ganancias o jornal a sus amos. En Lima, un esclavo alquilado paga a su amo un real (seis peniques) de su jornal o ganancia diaria; y las esclavas, al ser alquiladas como nodrizas, generalmente reciben quince pesos al mes, de los cuales pagan cuatro pesos a sus amos legales, y se quedan con el resto; otras también se emplean como cocineras, lavanderas, etc.

A los pocos esclavos agrícolas que aún quedan en el campo se les ha asignado una tarea, tan ligera y fácil, al menos hasta donde hemos tenido oportunidad de ver, que es cumplida rápidamente; y cualquier trabajo adicional que alguno de ellos realice además de su tarea diaria, se le paga como si fuera un hombre libre. Si, en efecto, el esclavo valorara su libertad personal, podría asegurársela por medios justos y al coste de una moderada industria. Unos pocos de los más ambiciosos de esta clase han aprovechado, efectivamente, una oportunidad tan buena para lograr su propia emancipación; pero, en general, la población esclava en el Perú no parece interesada en cambiar sus circunstancias ni son muy conscientes de lo abyecto de su situación. Saben bien que disfrutan de un grado de libertad que consideran suficiente, y que, a veces, gustan ejercer para su propia conveniencia. Por ejemplo, si uno tiene de ayudante a un esclavo, es probable que, cuando menos se espera, le diga que desea, y exija como un derecho el ser vendido o transferido a un comprador de su propia elección, y si uno ha de estar tranquilo, lo mejor es librarse de dicho esclavo rápidamente pues hasta que no lo consiga nada bueno saldrá de él. Si el sirviente no es un esclavo, sino una persona oscura de origen africano, está tan acostumbrado a engreírse que debe tener diariamente unas horas de ocio, lo quiera o no su amo; y, si se le encuentra en falta por ello, replica con la expresión habitual: “¿quién quiere matarse con trabajar?”.

También aquellos que reciben el servicio de un indio (nominalmente libre, aunque virtualmente un esclavo, que trabaja por su mero sustento y una propina insignificante), criado desde la infancia en sus casas y para su servicio particular —algo muy común— a la larga se

quedan plantados pues, por lo general, cuando surge una buena oportunidad, el *serrano* (sea hombre o mujer) se marcha a Huamanga, Huamantanga o algún lugar de la sierra. La niña india criada en una familia particular, generalmente, es muy útil hasta que llega a cumplir doce o quince años, entonces busca una pareja con quien pueda irse a la sierra y ser feliz en una choza humosa y en un jergón de pellejo de llama y el joven indio listo y rápido, con cabeza para pensar y manos para actuar, tan pronto detecta un servicio o un oficio mejor, planea y aguarda la oportunidad para escapar a su provincia (“¡mi tierra!”) y, tarde o temprano, realiza su meta. Sin embargo, pese a esta disposición a desertar, cuando el indio se adscribe personalmente a su empleador, lo que no ocurre a menudo, su fidelidad y constancia no tienen límite.

Las molestias que tan frecuentemente causan los indios a sus amos españoles o de raza blanca (que por lo general esperan más de este grupo oprimido de ciudadanos de lo que realmente se preocupan en pagarles), ha dado origen a una queja proverbial contra las tribus indígenas: “*Mal con ellos, peor sin ellos*”.

En Lima, las damas o mujeres de sangre española suelen convertirse en madres siendo muy jóvenes, y pensamos que, principalmente, por este motivo se ven incapaces de amamantar sin dificultades; y, si insisten en intentarlo más allá de lo que su constitución les permite, se les advierte perentoriamente que dejen de hacerlo debido a la presencia de síntomas que amenazan con un debilitamiento o una tuberculosis.

De este modo, la mayoría de damas limeñas se encuentran en la necesidad de emplear nodrizas negras y pardas, que son, en su mayoría, esclavas, compradas para amas de leche o alquiladas con este fin.

La piel del negro parece ser más fresca que la del indio o del blanco, y, por ello, se cree que la leche de la negra es más refrescante que la de la india, quien, a pesar de ser vista como una persona saludable y correcta, nunca es considerada apta para ama de leche, cuando se puede encontrar una negra que realice tal función.

Lamentablemente, esta predilección por las negras y por las mujeres de piel oscura expone, frecuentemente, al hijo de la madre blanca a una serie de males tales como una nutrición deficiente, la contaminación de la sangre y el permanente daño de su constitución; dichos males se originan debido a las características peculiares y al carácter

de las amas de leche. Por ello, un niño que ha tenido varias amas de leche puede adquirir las taras o defectos de cada una. Cuando el joven señor, alimentado en el mismo regazo de la esclavitud, comienza a asistir a la escuela, va y viene de ella en compañía de un esclavo; y la joven señorita o *niña*, que sale a educarse, al ir y venir de la casa de sus padres, va acompañada por una especie de *dueña* o *zamba* veterana. Con la acostumbrada excusa de que los males de la vida vienen bastante pronto, los niños de sangre noble, especialmente los que son *rubios* o de piel clara, se les permite todo tipo de *gusto*, y en la mañana, antes de salir para la escuela, usualmente reciben un real o medio (seis o tres peniques), como dinero de bolsillo o como un soborno para que obedezcan y se sometan a la enseñanza. De este modo pronto adquieren hábitos caros que los hacen actuar, apenas siendo niños, correcta y apropiadamente por motivos pecuniarios antes que por un encomiable sentido del deber.

Al observar los efectos de una unión social estrecha, desde la infancia, entre los niños blancos y sus compañeros esclavos, los que rara vez están dotados de vergüenza o modestia, podemos afirmar que, sin querer hacer insinuaciones contra la capacidad natural para el mejoramiento moral e intelectual observable en todas las razas de la humanidad, o querer, en modo alguno, despreciar el mérito de individuos de origen africano o esclavo, puro o mezclado, incluso los espíritus de una inclinación naturalmente afable y delicada cuando son llevados a adaptarse a los sentimientos y propensiones de la porción más degradada de nuestra especie, sufren un deterioro por grados, y tienden a participar de las cualidades de una naturaleza más baja, con la que, inevitablemente, amalgaman la suya. Determinar con precisión el punto medio apropiado de intimidad doméstica permisible entre amos y esclavos puede ser un asunto delicado. Dicha relación puede mejorar la condición del esclavo y despertar su inteligencia y, a la vez, tiende a rebajar la fibra de la moralidad en aquella sociedad en la que se tolera la esclavitud. De este modo, sin duda, se rebaja el nivel de moralidad, y pensamos que ello se debe a esta amalgama de actitudes en la que era raro encontrar un verdadero villano, incluso entre las oscuras tribus de la voluptuosa capital del Perú. En los últimos años, los asesinatos se han vuelto bastante frecuentes y casi siempre han sido perpetrados con

impunidad; sin embargo, existen indicios que indican que los agentes implicados en tales atroces crímenes, en muchos casos, son descastados y fugitivos de los países vecinos. Dinero, no sangre, es lo que buscan los vagabundos negros nativos más peligrosos de la costa, y aquel que no ofrece resistencia al ladrón, sino, que en vez de armas, lleva unos cuantos pesos o un par de doblones para su rescate, puede nueve de cada diez veces escapar con entera seguridad personal de entre los más criminales maleantes y temidos asaltantes de caminos, que generalmente no son más que esclavos fugados.